



LARRY MANGINO

> VAACLAV HAVEL

El filósofo que subió al castillo

FELIPE SAHAGÚN

Con la muerte de Vaclav Havel desaparece uno de los principales referentes éticos de finales del siglo XX en el mundo y el último superviviente de los intelectuales catapultados a las más altas responsabilidades de Gobierno en Europa central y oriental por las revoluciones del 89.

A sus 75 años soñaba todavía con escribir, estudiar y perderse de nuevo en los viejos cafés y teatros de Praga con sus amigos poetas, músicos, actores y pintores de siempre.

Aunque se lo hubiera permitido el cáncer que padecía desde hace mucho tiempo, la República Checa no se lo permitió. Ni siquiera en 1997, tras serle extirpado un pulmón, pudo retirarse. La mejor prueba fue su reelección presidencial en enero de 1998 por una mayoría de un solo voto. Para sacar al país de la grave crisis en que lo dejó Klaus, Havel propuso un plan de 10 puntos, entre los que destacaban la integración plena en la OTAN y en la UE, la recuperación del medio ambiente y la reconstrucción de la sociedad civil.

En *Meditaciones de verano* (1992) nos dejó mucho más que un programa político. Es una visión de esperanza para el mundo del siglo XXI. En una actividad que muchos consideran incompatible con la verdad y con la moral, Havel demostró que se puede gobernar sin mentir. Huyó siempre del rencor de los derrotados, bajo el tirano se refugió en la palabra y, al caer la tiranía, prefirió el diálogo y el perdón a la *caza de brujas* de otros países del Este.

En un discurso pronunciado en la Universidad de Nueva York, el 17 de octubre del 91, se definió a sí mismo como un crítico literario que, de repente, se había visto forzado a escribir una novela. Él, que siempre había visto la política como una batalla sin escrúpulos por el poder, se vio empujado a finales del 89 de la cár-

cel a la presidencia de su país. Al grito de «Havel al Castillo», su pueblo lo arrastró hasta el despacho del mismo Husak que le había perseguido implacablemente por la Carta 77. Una vez en el Castillo, resistió todas las tentaciones populistas, se mantuvo al margen de todos los partidos y, sin renunciar jamás a la ética, se entregó por entero a la democratización de su país.

Nacido en una familia de la alta burguesía de Praga, la nacionalización comunista arrasó todas sus comodidades de cuna: la casa de Praga, la villa de su madre –Božena Havlova, en Zlín–, la residencia de verano de Havlov, una de las mejores bibliotecas privadas del país... Lo que Stalin y Gottwald no pudieron destruir fue el espíritu de independencia y la fascinación por la literatura de Havel.

Con sólo 12 años, Vaclav y su único hermano Iván, dos años más joven, nietos del constructor del Lucerna de Praga, pasaron de la escala más alta a la más baja de la clase social y tuvieron que buscarse la vida. Vaclav se puso a trabajar de pinche en un laboratorio químico y estudiaba de noche. Con 15 años escribía ya sus primeros poemas y, con amigos de su edad, formó el Grupo literario del 36.

Eran cachorros renegados de la ideología oficial. Editaron una revista escrita a máquina, distribuida ilegalmente, e hicieron del café Slavia una redacción improvisada permanente, frecuentada por poetas y pintores. Jirí Kubena y Milos Forman ya estaban a su lado.

En el 56, en la *Revista K*, la más importante de aquellos años en Praga, Vaclav publica un ensayo rompedor y un largo poema sobre Olga, a quien acababa de conocer y de la que no se separó hasta su muerte, también de cáncer, en enero de 1996. «Aquella atractiva rubia con

impermeable» que describió Andrej Krob fue su otra mitad.

Habiéndosele vedado la Facultad de Cine en la Academia de Bellas Artes, asistió a clases en la Escuela Superior Técnica y empezó a colaborar en algunos teatros. Al Grupo del 36 sucedió el Grupo 42, se dio a conocer como joven autor en la revista *Kveten* (Mayo), hizo de los filósofos Fisher y Safarik sus maestros y entabló gran amistad con Karel Brynda, más tarde jefe del teatro de Ostrava.

Los teatros Rokofo, Semafor, Reduta y, sobre todo, Na Zábřadlí (La Barandilla) se convirtieron a comienzos de los 60 en su verdadero hogar. Allí hizo de todo: montaje, guiones, dirección, interpretación... De paso, ayudó a crear en medio del desierto intelectual comunista de los 60 un espacio interior de libertad sin el que es imposible comprender la Primavera de Praga, la Carta 77 ni la Revolución de Terciopelo del 89.

Navidades tristes (1960) fue un verdadero escándalo. Los choques con la censura se sucedían y el hostigamiento policial era una tortura rutinaria. *La fiesta del jardín* (1963), *Comunicación* y *La complicada posibilidad de concentración* (1964) y *Memorándum* (1965) fueron sus obras de más éxito en los primeros años. La idea central en todas ellas es la deshumanización de la persona, la manipulación del lenguaje por el poder y una despiadada crítica de la cobardía y del miedo al tirano. Entró en la poderosa Unión de Escritores y en su influyente revista *Tvar*, y, desde ellas, demostró que es posible luchar contra la dictadura con sus propias leyes.

Un artículo publicado en el 68 en defensa del pluralismo político y una carta a Dubcek en el 69, pidiéndole que dijera la verdad y se retirara con honor de la escena política, lo convirtieron en enemigo número uno de la normalización de Husak. Se insta-

ló con Olga en una casa de campo, trabajó de peón en una fábrica de cerveza y siguió escribiendo, pero sus obras no volverían a representarse en su país hasta la democracia y sus libros sólo circularían en la clandestinidad.

De aquel exilio interior –rechazó todas las presiones para salir del país– nos ha dejado las mejores obras del Havel maduro: *La ópera de los mendigos*, *Hotel de montaña*, *Inauguración*, *Audiencia*...

Animados por los Acuerdos de Helsinki (1975), Havel y el profesor

«Referente ético universal, fue el gran líder de la Revolución anticomunista del 89»

«Ya como presidente asistió, muy a su pesar, a la división de Checoslovaquia»

Patocka escribieron la Carta 77, en la que exigían el respeto de las libertades que los comunistas se habían comprometido a respetar. El 14 de enero de 1977 Havel era detenido.

Nunca se arrepintió bastante de haber firmado en la cárcel una solicitud de excarcelación, aprovechada por la propaganda del régimen como confesión de arrepentimiento. De aquella detención –la primera de cuatro– nos ha dejado uno de sus textos más bellos: *Cartas a Olga*.

Las cartas se interrumpieron durante los dos años de arresto domiciliario y se reanudaron en el 79, cuando volvió a ser detenido tras publicar el extenso ensayo *El poder de los sin*

poder, que dedicó a la memoria de Jan Patocka.

Hermanice, Plzen-Bory, el hospital penitenciario de Praga... Las prisiones se sucedieron hasta 1984, en que fue puesto en libertad, después de sufrir una grave neumonía de la que nunca llegó a curarse. En *Largo desolato*, tal vez su mejor obra de teatro, desde luego su pieza más autobiográfica, describe su vida al salir de la cárcel. Es un gran drama que tiene lugar en un espacio íntimo. Y obsesionado por el *Fausto* de Goethe, por las mismas fechas publicaba su propio *Fausto* con el título *La tentación*.

Pasaría otras dos veces por prisión antes de convertirse en la máxima autoridad sobre todas las prisiones de su país: durante 48 horas en 1985 y durante cuatro meses –de enero a mayo– en el 89. La Historia le empujó a interpretar papeles de personajes que, durante sus más de 35 años de escritor y autor teatral, él había escrito para otros actores, pero nunca renunció a sus principios y siempre dijo lo que pensaba.

En diciembre de 1989 asumió el primero de sus cuatro mandatos como presidente de la República –los dos primeros de la antigua Checoslovaquia, los dos últimos de la Chequia escindida muy a su pesar–. Casi al final de sus días como jefe de Estado, criticó al primer ministro dimisionario Vaclav Klaus, «no por fallos concretos... sino por su actitud apática, hostil incluso, hacia todo lo que representara remotamente la sociedad civil». Muy dolido, Klaus acusó a Havel de «no haber comprendido nunca el funcionamiento de la economía de mercado y de una sociedad libre».

Llegó a ser rey sin dejar nunca de ser disidente, pero como advierte Bronislav Geremek en sus confesiones a Vidal, la disidencia de Havel fue muy diferente de la de Dubcek. Éste representa la disidencia revisionista fracasada, la oposición interior, el rostro humano del socialismo. Havel, en la línea de Patocka y de Giorgi Konrad, es uno de los personajes más emblemáticos del anticomunismo sin fisuras. Su visión liberal del futuro le llevó a buscar en la dignidad humana la razón de su existencia. A diferencia de casi todos los demás disidentes del Este aupados al poder por las revoluciones del 89, él siempre estuvo fuera del sistema.

Su modelo, antes y después de la revolución, ha sido la Primera República checa, la república de entreguerras, y sus héroes fueron los dos primeros presidentes-intelectuales de aquella «república de profesores»: Masaryk y Benes.

Como Walesa en Polonia, en el 89-90 Havel se convirtió, en palabras de Geremek, «en el máximo de la desesperación y en el máximo de la esperanza». Walesa no supo aprovechar esa circunstancia. Havel, sí. Walesa se olvidó de los referentes éticos y buscó el poder con las armas de los políticos. Havel prefirió el liderazgo moral al poder político. Antes de dejar el cargo –ironías de la Historia– había alcanzado un enorme poder político sin renunciar jamás al liderazgo moral.

Vaclav Havel, dramaturgo y ex presidente checo, nació el 5 de octubre de 1936 en Praga, donde falleció el 18 de diciembre de 2011.

Más información en páginas 40 y 41